

## Acto de afirmación de

# LAS ESPAÑAS

El día 3 del año nuevo se reunieron en cena de grata convivencia y acto de afirmación de propósitos los redactores, colaboradores y amigos de LAS ESPAÑAS bajo la presidencia de don Pedro Bosch-Gimpera, decano del grupo, a cuya derecha se sentó el Dr. Manuel Martínez Bález.

Al final de la comida el ingeniero Anselmo Carretero recordó la fundación de la Revista en 1946 y las actividades desarrolladas alrededor de ella desde entonces.

En estos dieciséis años —dijo—, aunque irregularmente, de una manera u otra, no hemos cejado en nuestra labor, que no ha tenido más propósito que servir a España y ayudar a nuestro pueblo a recobrar su libertad.

Durante este tiempo se nos han ido para siempre muchos de nuestros colaboradores. Recordamos con respeto y cariño a todos ellos, simbólicamente personificados en dos excelentes Luises, asturiano uno y catalán el otro, que años atrás presidieron bondadosamente reuniones como ésta: don Luis Alvarez Santullano y don Luis Nicolau d'Olwer.

Es ley inexorable de la vida que a unas generaciones suce-

dan otras; y para nosotros motivo de profunda satisfacción que los huecos fatalmente dejados por nuestros viejos amigos sean cubiertos en número creciente por compatriotas, la mayoría del interior de España, que, niños cuando se fundó la Revista, se hallan hoy en plena juventud. Como ejemplo que despertará vuestra simpatía os cito ese grupo de jóvenes obreros que desde la República federal alemana, al agradecer el envío de nuestras publicaciones, nos dice: "Ahora que nos encontramos en ambiente de libertad nos damos cuenta de que mucho de lo que nos enseñaron en España eran mentiras. Continúen enviándonos sus cosas que aquí leemos y comentamos con mucho interés."

Es muy alentador observar que, si bien el número de nuestros lectores ha disminuido en la emigración, ha crecido más en España, donde últimamente se distribuyen la mayor parte de los ejemplares que aquí imprimimos.

Seguidamente don Pedro Bosch-Gimpera dijo lo que a continuación damos textualmente.

### Palabras del Dr. Bosch-Gimpera *dejar a España*

Agradezco el honor de invitarme a participar en esta reunión de los amigos de LAS ESPAÑAS y de pedirme que os dirija la palabra, que sin duda debo a la triste circunstancia de la desaparición de tantos de nuestros compañeros y de que voy siendo el más viejo de nosotros.

Somos un grupo de amigos que sienten hondamente la preocupación de España y de su futuro. En medio de ella, tenemos la convicción de que la idea que siempre nos ha animado promete, entre todo lo que se ha hecho en el exilio, ser uno de los factores más eficaces para un futuro de normalidad y de inteligencia de los españoles. Olvidar la tragedia que hemos vivido sin prescindir de sus enseñanzas; tener presente lo que ha sido la realidad histórica española y examinar la presente con sano espíritu crítico, pero a la vez con serenidad y comprensión que haga posible discutir los problemas y buscar soluciones para un futuro en que, con plena libertad, puedan todos convivir sin odios, sin prejuicios, fraternalmente. Esto es lo que todos creemos esencial para llegar un día a una vida normal que permita desplegar las cualidades y las energías de nuestros pueblos.

En ello hemos coincidido hombres de distintas procedencias y de diversas opiniones, de fuera y de dentro de España.

Para que ello sea posible durablemente, no pueden imponerse ni hombres, ni doctrinas, ni pueblos. Gloria de España ha sido su fecunda diversidad, cuando se ha podido manifestar sin coacciones; y entonces se ha buscado siempre la coordina-

ción y se han establecido colaboraciones. Diversidad y libertad que han sido precisamente las creadoras de los más altos valores españoles y las que los han llevado al mundo y a las naciones de América.

España, lo mismo que todos los pueblos, no se da hecha desde un principio, ni aparece de una vez en su proceso histórico. En su complicada geografía han convivido pueblos distintos o matizados diversamente, y poco a poco se fue formando un complejo polimorfo que creaba afinidades y que, sin destruir la variedad, iba afirmando una entidad espiritual común, prometedora de una unidad que no fuera uniformidad esterilizadora. Con raíces profundas han cristalizado los pueblos de España en personalidades indestructibles que eran y son capaces de encontrar ideales sentidos por todos. Cuando parecía llegarse a ello y se iniciaba una estabilidad, factores ajenos muchas veces a la verdadera naturaleza de los pueblos españoles han impuesto desviaciones en su trayectoria o tipos de organización que no se adaptaban a aquélla. Esto es lo que he llamado las "superestructuras de la historia de España", que no se han asimilado definitivamente a ella, pero que no han podido destruir lo anterior. Repetidas veces ha existido la apariencia de que las superestructuras eran la propia España; pero al quebrarse se descubría siempre el engaño y ésta resurgía tal como es, con heridas y cicatrices, resultantes del enquistamiento del cuerpo extraño, que hacían más difícil encontrar los verdaderos caminos. Los restos de tal cuerpo habrían de constituir un elemento perturbador y perpetuador de problemas sin solución secularmente acumulados.

Esta es la verdadera tragedia de España. de la que anhelamos salir hombres de buena voluntad, castellanos, catalanes, andaluces, gallegos, vascos, aragoneses, valencianos... Y hemos descubierto que con todas nuestras diversidades —agudizadas por el desconocimiento mutuo y por la confusión—, con nuestro individualismo feroz —que con frecuencia desemboca en la atomización anárquica o en la intolerancia y el orgullo—, con el fracaso de un estado que nunca ha sabido encauzar nuestros problemas o que, cuando lo ha intentado, ha visto neutralizados sus propósitos por fuerzas salidas de los bajos fondos del pasado o de la acumulación de problemas insolutos, existe en nosotros lo que el inolvidable Nicolau d'Olivera tuvo el acierto de calificar de "deseo de unión e imposibilidad de amalgama".

Entonces, los defectos que tanto se nos reprochan se convierten en factores positivos; la diversidad no separa ni engendra incompatibilidades, sino que es estímulo creador capaz de integración; el individualismo, unido siempre al culto de la amistad y de la lealtad, es capaz de cooperar libremente a una obra común y a la vez garantía contra el gregarismo y la pasi-

## Palabras de LAS ESPAÑAS

En octubre de 1946 apareció el primer número de la revista LAS ESPAÑAS. Han pasado, pues, dieciséis años —el cogollo, se podría decir, de nuestras vidas— desde que el desprendimiento y la pasión, imaginando hacer una trinchera, levantaron una atalaya en el límite mismo de dos tiempos: el que, pasado sin pasar, barren ríos de sangre del 36 al 39, y éste, confuso aún, pero repleto de posibilidades humanas si el hombre se inclina hacia lo humano.

Hacia lo humano hay que empujar de manera humanizada, sostenida, con toda la fuerza que de la raíz nos viene. Por ella, por esa raíz ibérico-cristiana a la que el injerto griego añade su dimensión clarísima, hemos vencido al vencimiento. Fuera de sus embalses de amargura, de odio, de impotencia, en los que el corazón del hombre se agosta indefectiblemente, el inmediato ayer ya no suscita furia, sino cierta melancolía, urgencia de entender y ser entendidos, ansia de una patria habitable para cuantos pertenecen a la familia de pueblos que es España.

Mientras en el horizonte español no se vislumbraron concepciones distintas, y aun opuestas, a las propias de los viejos bandos, la guerra pudo parecer inacabada; algo así como un episodio —largo y tremendo— de nuestra lucha secular, resuelto a contrahistoria. Hoy no. De Finisterre a los Urales, la revolución de fondo a que asistimos cambió o está cambiando la relación de intereses, los conceptos, las actitudes, casi toda perspectiva humana. Del tiempo de la furia queda poco. En España, concretamente, la caparazón de una tiranía en cuyo adentro trabaja la propia podredumbre por abrirse paso hacia el futuro; el encono de los impenitentes; lo cegado a fuerza de padecer o de mirar las injusticias y ferocidades del franquismo: es decir, excepto lo último, sólo escorias, residuos y decrepitudes que España, precisamente España y no una facción o un bando, debe y puede barrer.

Las horas de dogmatismo y calentura, de morbos e irracionalidades caínitas, están lejos, afortunadamente: más aún que en el tiempo, en las conciencias y en la voluntad de las multitudes.

Quien piense y sienta en hoy, es imposible que no vea a ese inmediato ayer como una página de historia que, más o menos, todos emborronamos; en parte mayor, por andar a ciegas y a dogmas en el quehacer tremendo de empujar al tiempo detenido; es decir, de que el pasado sin pasar pasara.

Justo es hacer constar que la generación de los que sí fuimos a la guerra no ha fracasado en todo. Por lo pronto, no

vidad esterilizadora; el orgullo puede convertirse en sentido de la dignidad y del honor, salvaguardia de espiritualidad. Resurgen así las posibilidades de convivencia y de tolerancia que, en las mejores épocas de su historia, los españoles muestran como nota esencial de su carácter y se despliega su anhelo de cultura y su profundo sentido de humanidad, de infinitas posibilidades latentes.

El día en que los españoles tengan conciencia de su verdadera personalidad, de sus virtudes y de sus defectos, y examinen con serena crítica su pasado y su presente y, partiendo de su rica y fecunda diversidad, comprendan que, a través de ella, pueden llegar a una libre integración y a proyectar su sentido universal y su idealismo, será posible reconstruir sólidamente la España que, a pesar de su larga y trágica historia, sigue siendo la "España Virgen", como la llamaba Waldo Frank.\*

*En nombre de la Redacción el arquitecto Arturo Sáenz de la Calzada leyó las siguientes*

fracasó en sí misma. Tuvo, como signo común, un alma enteramente joven; por tanto, fe; una fe honda, vital que la llevó a creer ciegamente en la Libertad, en la Democracia, en el Socialismo, en otro Imperio, en la Anarquía, en Dios... Creyó en todo lo divino y lo humano tanto como hace falta para sostener lo que se cree a costa de la propia vida. Por ella, confundida en el mal saber con cuanto empujó a la lucha o no supo evitarla, lo petrificado y lo inerte por cuatro siglos de acronía casi común fue resquebrajado o removido.

Estas y otras verdades, son viejas en nosotros. Se han dicho y repetido en LAS ESPAÑAS cuando la politiquería andante —sedente, debiéramos decir— coincidía con el franquismo neto en mantener y avivar lo que al franquismo daba vida: el espíritu de guerra civil, la polarización, el miedo a nuevas matanzas y desastres.

Encerrados en abstracciones doctrinarias o presas de su obsesión restauradora, los dirigentes ayer no acertaron a representarse lo que el hombre español tenía que sufrir en carne, hueso y alma. No imaginaron como lo trabajaban la derrota, el terror, el fraude, el escarmiento, la necesidad de vivir y recomenzarlo todo.

Nuestros dirigentes antaño, tuvieron una concepción melodramática del complejo drama español, y, España, sus pueblos, la realidad vital que fluye, palpita y a cada instante se renueva, fueron, a su mirar, una especie de gigantesco retablo en el que todo permanecía inmóvil, detenido, como su pensamiento, en el punto de la derrota. El Diablo, encamisado de azul, señoreaba de momento, no a causa de tremendos déficits históricos y de grandes culpas colectivas, sino de lo que vino después: la ayuda del Averno totalitario y el positivismo de las democracias.

Todo en claro y en orden, no había razón alguna para hacer examen de conciencia —de conciencia política, se entiende—; nada empujaba a la busca y análisis de errores; nada a preguntar y preguntarse por qué los que tuvieron todo en 1931, no tenían nada en 1939 ni tierra propia que pisar.

Como a tantos hombres de fila, la inquietud nos llevó a mirar con nuestros propios ojos. No vimos ni menos ni más de lo que puede verse cuando no se interponen aprioris y hay, en quien observa, buena voluntad y buen sentido.

Bastó con esto para advertir el sentido real de tantas y tan-

\* La Redacción de LAS ESPAÑAS hace cabalmente suyas las palabras del ex rector de la Universidad Autónoma de Barcelona que aquí acabamos de reproducir.

tas luchas intestinas y el porqué de una política —de alguna manera hay que llamarla— sin otros filis ni estrategias que mendigar un presunto derecho a limosnas de libertad, aguardar sentados el derrumbamiento de la economía franquista y disparar contra el tirano toda la metralla verbal que proporciona nuestra lengua.

Saltaban a la vista la descomposición y el anacronismo de los instrumentos de la democracia española, pero no entendíamos aún los caracteres del proceso abierto en España al terminar la guerra y, sobre todo, en guerra nos sentíamos.

En 1948, nuestra inquietud estalló en preguntas. Teníamos ya claras respuestas, por larga y rigurosamente meditadas. Las reiteramos una y otra vez, insistimos, volvimos a insistir... Ingenuos, tenaces, sin idea de que más allá del grupo que nos sostenía y alentaba sólo había un desierto —de sorderas, de dispersiones, de intereses ciertos o imaginados; de pereza mental, en suma—, el 29 de enero publicamos un editorial al que pertenece el siguiente párrafo:

Diez años de destierro exigen un severo balance; pararse a pensar en lo que hicimos, en lo que hemos deshecho, en todo lo que dejamos de hacer. Pero, entendámonos: pararse a pensar no es arrezagarse en la memoria, no es enfrascarse en los recuerdos: es meterse, pensamiento adentro, más allá del lugar común que nos aplasta; encontrar los hechos desnudos, en su escueta verdad; estrujarlos, hasta que suelten su verdad oculta. ¿Por qué hemos fracasado? ¿Por qué perdimos una guerra que se pudo ganar? Y, sobre todo, ¿por qué desembocamos en la guerra?

Tratar de responder a lo último sin trucos ni prestidigitaciones, suele llevar muy lejos; en todo caso, fuera de las viejas rodadas, a distancia considerable de la selva de lugares comunes interpuesta entre el enteco discursar español y las realidades españolas.

Lejos fuimos. Primero, hasta la idea de que había que revisarlo todo, y de que sólo una revisión no monologal, es decir, dialéctica, tendría la autenticidad precisa.

Pero dialogar con las "camadas del franquismo" era pecado entonces; vale la pena recordarlo. ¡Camadas del franquismo! Esta frase, referida a las nuevas generaciones, muestra qué profundo conocimiento de lo español distinguía a ciertos dirigentes y a qué concepto mecánico del hombre conducen ciertos dogmas. En fin, era pecado.

A los de LAS ESPAÑAS, cargados de culpas, desviaciones y herejías que andando el tiempo se han convertido en ortodoxias, tal opinión nos importó un ardite y empezamos a pugnar por el diálogo humanizador, indispensable para vivir humanamente.

Decir en qué medida repercutió en medios de España la primera voz que se tendía del destierro como una mano abierta, es imposible. Probablemente no hizo sino coincidir con la inquietud y con la necesidad de cuantos empezaban a ver claro o, cuando menos, no se empeñaban en ver turbio.

Vimos tan muerta a la Segunda República en la parálisis y disgregación de sus partidos como en su progresiva inactualidad en España. Lo dijimos, claro está, con escándalo de no pocos y abundante cosecha de sonrisas conmisericordias. Parece ser que tampoco nos equivocamos.

En sustitución de lo fenecido era menester levantar algo. Tenía que ser sólido, eficaz, acorde con las realidades nuevas. ¿Cómo justificar, si no, la existencia de una oposición que no tuviese alguna política, excepto la representada por el minimizador y pueril "lo primero es derribar a Franco"? Para interesar a mayoría tan abrumadora como es menester para derrocar al régimen sin que la guerra civil estalle, es necesario mucho más.

En 1954, bastaba saber contar con los dedos para ver que el hombre español de treinta años tenía quince al terminar la guerra. El hecho de que toda la juventud fuese distinta, otra, significaba, a juicio nuestro, un nuevo factor que alteraba los términos del problema político de manera considerable. En este hecho apoyábamos la idea de que era indispensable actualizar el pensamiento y la acción de toda fuerza democrática. Al plantárselo a un ex ministro de paso en Méjico, cuya actividad, vista a distancia, parecía diferenciarlo de los dirigentes pasivos, nos contestó que la presencia de generaciones nuevas no importaba lo más mínimo: lo importante, según él, era hacer la unidad de las fuerzas antifranquistas. Huelga decir que no le preguntamos cómo.

Por otra parte, mientras preguntaban otros si no quedaba "un general con redaños", declarando tácitamente la incapacidad y la impotencia de las fuerzas envejecidas, pugnaban LAS ESPAÑAS por un movimiento de Reconstrucción Nacional.

Comprendimos pronto que era menester ir más lejos aún, hasta la realidad que dentro se vivía, y arrojar cuanto pudiera quedarnos de preconceptos peleones.

Pues además de la rotura en dos, la desintegración de España era visible, procedía reintegrar. La reintegración de todas las capas del país en torno a una serie de necesidades e intereses comunes, nacionales, era viable, lógica, pero exigía hacer la paz, proclamarla sin lugar a dudas.

Eso hicimos, por nuestra parte, el 6 de julio de 1956. En los párrafos finales del editorial de aquella fecha, dijimos:

La generación de los que sí fuimos a la guerra tiene el deber de terminarla saltando con la mano tendida fuera del parapeto. Es necesario para que España salga de la indignidad y la miseria; para salvar de la nada el sacrificio común de nuestros muertos; para que la nueva juventud haga lo que nosotros hubiéramos querido hacer; para que la España nacida de los que cayeron creyendo morir por Dios o por la libertad de todos los hombres lleve lo mejor de su espíritu al mundo que pugna por la vida.

Para todo eso hay que acabar la guerra, pero no con la mentira de otro abrazo que tape nuevamente al viejo tumor, sino metiendo en él el bisturí del diálogo y raspando sin miedo hasta lo vivo, es decir, hasta donde acaba lo podrido y lo irracional y empiezan las ideas y las creencias que pueden y deben matizar el campo político español.

Y líneas más abajo, refiriéndonos a la guerra:

Pues no supimos evitarla, pongámonle término de la única manera posible: Abandonando las trincheras y rellenándolas sobre los muertos que no quieran salir.

Esta somera recapitulación de posiciones válidas y de continuas anticipaciones —éstas, claro, en relación con el destierro— no busca vanagloria. ¿Qué mérito puede haber en que los no cegados vean? Vimos la realidad que se metía por los ojos y, en ocasiones, ni eso siquiera en el momento.

Por lo demás, cuanto pudiéramos apetecer en ese orden de satisfacciones, nos ha llegado más de una vez y no pocas de España. "Con excepción de LAS ESPAÑAS —se nos ha repetido con palabras distintas—, no entendemos lo que los refugiados dicen."

Sacamos a relucir hechos pasados por lo que tienen de enseñanza y, en esta hora, precisamente hoy, porque certifican que nuestra vista es normal. Esta certificación puede dar peso a nuestras palabras en determinados oídos. A ellos va dirigida de particular manera.

Vemos a España en el último tramo de un camino que lleva a la reintegración; por lo pronto, a la reintegración en una necesidad, en un propósito; incorporarse a Europa. Ahora bien, reintegración nacional en torno al interés de nuestros pueblos significa muerte y entierro de los bandos; por ende, muerte y entierro del franquismo.

La tiranía, pues, está condenada a muerte, a muerte inmediata, y no, en este caso, por alguna ley o alguna fuerza que no sean las de la corriente histórica.

En este momento, cualquier acto de una minoría delirante, tras de cuya honradez y heroísmo caben no sólo errores, puede retardar la última fase del proceso liberador y, en el peor de los casos, condicionar sus caracteres en forma negativa.

Por grandes que la indignación y el dolor sean, debe quedar

*Habló otra vez Anselmo Carretero:*

Ha sido éste un acto de solidaridad entre los diversos pueblos de nuestra patria. En él nos hemos reunido fraternalmente gallegos, asturianos, leoneses, extremeños, manchegos, andaluces, murcianos, vascos, navarros, castellanos de la Cantabria y la Celtiberia, aragoneses y españoles de tierras de lengua catalana, peninsulares e isleños. (Si el conjunto ibérico no ha podido ser completo es porque la falta de una colonia portuguesa en Méjico nos ha privado de la presencia, que para nosotros hubiera sido sumamente grata, de una representación democrática de Portugal.) Nos ha presidido un ilustre intelectual catalán. Todo lo cual prueba, una vez más, que los separatismos antes que descarríos espontáneos de españoles insolidarios son funestas consecuencias de torpes actitudes que en LAS ESPAÑAS hemos llamado separadoras.

Nos ha honrado con su presencia el doctor Manuel Martínez Báez. En él consideramos aquí representados a los amigos que en Méjico nos han ofrecido hospitalidad y nueva patria en el destierro. Interpreto, sin duda, el sentir de todos nosotros al expresarle nuestro agradecimiento.

También, y sobre todo, ha constituido esta reunión un acto de fe, y de apoyo a un despertar de España. Resurgir español que no será el resultado de otra cruenta conmoción más de las que repetidamente han asolado a nuestra patria, ni portentosa creación de ningún taumaturgo político, sino obra, en paz y libertad, del hacer diario y solidario de todos y cada uno de los españoles.

Anunció nuestro compañero la aparición en el mes de febrero de un número de la Revista ya preparado, y terminó rogando a todos los asistentes que continuaron prestando a LAS ESPAÑAS el calor de su aliento... (y la ayuda crematística de sus donativos, sin los cuales las páginas de la Revista no saldrían del mundo irreal de los buenos deseos).

Si ve usted con simpatía la labor de LAS ESPAÑAS, si está usted de acuerdo con la actitud expuesta en líneas generales en estas páginas, recibiríamos con mucho agrado su adhesión.

Las adhesiones que nos lleguen de España no serán publicadas.

\*

LAS ESPAÑAS no tiene más ingresos que los donativos de los amigos.

la lucidez necesaria para darse cuenta de que ésta no es hora de desquites, sino de reintegrar, de reintegrarse, de adoptar una actitud acorde con la época.

Los que sí fuimos a la guerra, quienes cumplimos con el deber entonces, tenemos otro que cumplir ahora: el más perentorio es entender el hoy, servirlo, sacrificarle todo, incluso el odio, quien lo sienta, porque este hoy es prenda del mañana.

Nosotros, la juventud de ayer, debemos grabarnos en el corazón y en la cabeza que el tiempo por venir no será nuestro si no acertamos a ser suyos, ya que por derecho natural pertenece a los hijos de nuestro espíritu y de nuestra sangre, a las generaciones nuevas.

Eso es lo que ven hoy los hombres de la revista LAS ESPAÑAS.

★

Cerró el acto el doctor Martínez Báez, quien dijo que le agradaba el nombre de LAS ESPAÑAS por cuanto abarca a toda nuestra patria, porque a los mexicanos que la quieren les gusta contemplar a los españoles unidos y sería para ellos muy triste ver una España despedazada. Recordó su paso por nuestra península y las luchas de los estudiantes contra la dictadura de Primo de Rivera. Encomió el sentido de la justicia que siempre ha apreciado en el pueblo español, y el ánimo de éste para enfrentarse a las más duras adversidades. Y terminó con palabras elogiosas para la labor desarrollada en Méjico por los españoles que a la caída de la República hallaron aquí refugio. El doctor Martínez Báez, que concluyó su intervención hondamente emocionado, fue despedido muy afectuosamente por todos los asistentes.

Con los doctores Bosch-Gimpera y Martínez Báez ocuparon la cabecera de la mesa el Arq. Félix Candela, el Dr. José Puche Alvarez y los licenciados Mariano Granados y Jesús Ruiz del Río. Entre los asistentes, además de los citados, recordamos a los escritores Andrés Nerja, Isidoro Enriquez Calleja y Luis Rius, Sra. Caso de Rius, ingenieros Emilio Rodríguez Mata y Antonio Ma. Sbert, D. Francisco Durán Rosell, D. Alberto Farrés, los dibujantes Francisco Rivero Gil y Ramón Tarragó, Sra. de Tarragó, licenciados Aurora Arnaz y Juan Bayo, químicos Eligio de Mateo y José Puche Planás, D. Fidel Miró, D. Julián Borderas, D. Santiago Garcés, D. Fernando Toba, D. Daniel Vieitez, D. Enrique Angulo, D. Jorge Benejam, D. Juan Ramón Arana y otros compatriotas. Manifestaron su imposibilidad de asistir con palabras de simpatía para LAS ESPAÑAS D. Lorenzo Alcaraz, los doctores Rafael Méndez y Mariano Núñez Maza, el musicólogo Jesús Bal y Gay, el escultor José Ma. Giménez Botey, D. Joaquín Vilá y algunos otros amigos.

Ciudad de Méjico, enero de 1963

# LAS ESPAÑAS

APARTADO POSTAL 20921

MEXICO (1), D. F.